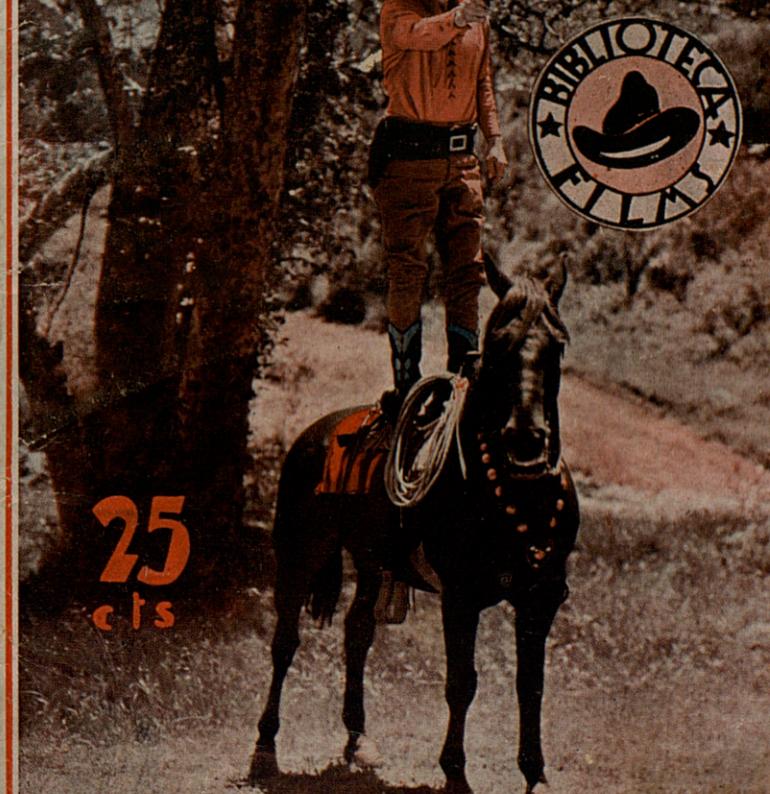


EL JINETE RELAMPAGO



25
cts

BUDDY ROOSEVELT



Niu
del
COL·LECCIONISME
de J. Colomer
TOT L'ART IMPRES
AL PAPER
Gravats Antics
Llibris i Revisies
Jocaines i Medalles
Objectes Variats
Vinyetes i Postals
ESPECIALISTE AL MON
CROMOS DE LA XOCOLATA
MISTOS I TABAC
c/Ferrán, 30-Quiosc(A)
Tel. 302 38 88
BARCELONA-2

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO.
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
“ALAS”

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO X APARECE LOS MARTES NÚM 542

EL JINETE RELÁMPAGO

Narración del emocionante film del
mismo nombre, interpretado por

BUDDY ROOSEVELT

Narración de ALFREDO DARNELL

Film de
CALIFORNIA SOUND STUDIOS LTD.

Distribuido en España por
CINAES, S. A.
Vía Layetana, núm. 53 - Barcelona

INTÉPRETES

Agente Marshall . . . BUDDY ROOSEVELT
Dorothy Lane . . . PATSY BELLAMY
El Sheriff . . . Lafe McKee

ARGUMENTO DE LA PELICULA

PRIMERA PARTE

Cierta clara mañana del mes de octubre, bajaba por el repecho de una montaña un hombre montado en un caballo bayo, de finas remos y en cuya frente ostentaba una estrella de pelo blanco. El caballo andaba a su albur y el hombre no parecía tener prisa.

El joven tendría de veinticinco a veintiséis años y en su frente despejada no se podía encontrar una sola arruga; sus ojos delataban un optimismo sonriente y despreocupado, y se fijaban en la inteligente cabeza del animal, sobre el que se hallaba montado, mientras masticaba entre sus dientes una mata de hierba.

A lo lejos se divisaba ya el pueblo, un pueblo como cualquiera de los miles que se alzan en el Oeste de América, que ahora brillaba con reflejos de sol rojizos, que coloreaban también las nubes que se cernían encima del pueblo.

El joven parecía ahora dialogar consigo mismo:

—Slim me debe estar esperando ya en el café. No importa, la tarde es hermosísima y

bien vale la pena de disfrutarla. Sin embargo, me interesa lo que pueda contarme. ¿Será verdad que la banda de Pite prepara otro golpe?

Sin embargo, hizo un gesto con la cabeza como queriendo espantar las preocupaciones y los quehaceres que le acechaban allá abajo, en el café de la Rosa de Oro, y rozó con sus anchas espuelas los ijares del caballo, con objeto de que apretara un poco el paso.

Media hora después, Buddy Marshall, el "Ginete Relámpago", como le llamaban los muchachos del pueblo desde las tres semanas que llegó, descendía del caballo ante el café, y después de atarlo a la barandilla de madera, entró en busca del llamado Slim.

—¡Buenas noches, Buddy! — dijo Slim, un hombre alto y huesudo, mientras le acercaba una banqueta.

—¡Buenas noches! — contestó Buddy—. ¿Hace mucho que te esperas?

—Acabo de llegar.

—Supongo que no debes tener noticias interesantes que contarme...

Slim sonrió, y después de haberse llevado el vaso a los labios, contestó con sorna:

—Ninguna.

Comprendió Buddy, por el tono con que aquellas palabras habían sido proferidas, que su amigo se burlaba de él, y le apremió:

—Habla: ¿Qué hay?...

—Blak Pite rueda desde ayer por estos contornos.

Hizo Buddy una pausa y prosiguió en su interrogatorio, que debía tener seguramente mucha importancia, dado el interés que ponía en enterarse.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—A qué ha venido aquí? Supongo que a preparar otro golpe.

—Buddy — dijo Slim —, tú sabes mejor que nadie lo que prepara. Es más: juraría que tú le has preparado este cebo.

—¿Por qué dices esto? — preguntó Buddy mirando a su amigo y dndole una afectuosa palmada en la espalda.

—Te conozco desde hace mucho y sé que tú no gustas de perder el tiempo. Sé franco: ¿Se trata del envío del Gobierno, verdad? Dime: ¿En qué consiste?

—Mañana te lo explicaré todo — contestó Buddy —. Sólo puedo decirte que el Gobierno manda una cantidad importante de oro.

—Comprendo, Buddy. ¿Qué tengo que hacer?

—Por ahora nada. Ten en cuenta, sin embargo, lo que voy a decirte y no lo olvides un solo instante.

—Di.

—No te fíes de nadie. Me parece que nos hallamos cerca de una intriga de múltiples raíces. En estas tres semanas he podido vis-

lumbrar varias cabezas de la hidra, y cuando te cuente quienes son los protagonistas, seguramente quedarás sorprendido. Procura que nadie se dé cuenta de que espiamos todos los movimientos. El menor descuido podría desbaratarme todo lo que tengo planeado.

—Creo descubrir en tus palabras, que la banda de Pite tiene aquí confidentes.

—No trates de comprender ahora, Slim. Ya te contaré todo como te he prometido; debo decirle sólo que la intriga es más de una.

En aquel momento se acercó a ellos la muchacha rubia, que pertenecía al establecimiento.

—Se le ve a usted muy poco por aquí — dijo la muchacha dirigiéndose a Buddy.

—Los caballos me dan más quéhaceres de cabeza que la bebida — contestó Buddy a la muchacha.

La muchacha rodeó con su brazo el cuello del joven y le dijo acercando su cara a la de él.

—Y las muchachas, ¿no te gustan?

—Las muchachas creo que aún me darían más dolores de cabeza — contestó Buddy deshaciéndose del abrazo.

Alguien golpeó la espalda de Buddy y éste volvió la cabeza.

—Se le saluda, Jack Lane.

—Cuidado con las faldas, amigo — dijo el recién llegado. Me parece que no tiene

usted mal gusto. ¿Cómo van sus asuntos?

—Regular—contestó Buddy evasivamente.

—¿Le tendremos por aquí mucho tiempo todavía.

—Supongo que pronto les dejaré — dijo Buddy—. Cuestión de días.

Se despidió el interlocutor de Buddy, y éste salió del café acompañado de Slim, después de haberse despedido de la muchacha.

SEGUNDA PARTE

Serían cerca de las doce de la noche, cuando dos hombres entraban en una granja. Uno de éstos era Jack Lane, el hombre que saludó en el café a Buddy Marshall, y el otro, mucho más joven que él, se llamaba Karl Crosby.

Una vez en la casa se dirigieron a una de las habitaciones del piso superior. Jack Lane, que era el amo de la casa, sacó de una estantería, adosada a la pared, una botella de whisky y dos vasos, que colocó en una mesa, ante la cual se sentaron los dos hombres.

—¿Qué me quería usted contar — dijo Karl al viejo.

—Mañana llega mi sobrina — dijo aquel sin contestar a la pregunta.

—¿Dorothy?

—Sí. Muchas veces te he hablado de ella, e incluso estás intrigado a causa de haberte dejado entrever mis intenciones respecto a ella. Ahora ha llegado el momento de hablar con franqueza. ¿Estás dispuesto a ayudarme?

—Completamente — respondió Karl Crosby, quien no se distinguía por un pasado demasiado limpio, y que era capaz de cualquier acción, siempre que se tratase de sacar de ella algún provecho.

—Si es así, escucha atentamente: Dorothy es hija de una prima carnal mía, que vivió durante muchos años en Nueva York. Yo fui nombrado, al morirse ella, albacea testamentario, pero como hacía muchos años que no la veía, no me preocupé para nada del dinero que pudieran tener, ya que la creía absolutamente pobre. Sin embargo, la casualidad quiso que un día me enterara de su testamento. De esto hace solamente dos meses. Desde aquél momento, traté de hallar el paradero de mi sobrina Dorothy, y habiéndolo al fin logrado, la convencí para que viniera aquí.

—Hasta el presente, no veo qué papel me tiene usted reservado a mí — dijo Karl interrumpiendo la narración de Jack Lane.

—Cállate — dijo éste imperiosamente y al parecer molesto.

—Bien, me parece que la llave de todo esto está en el testamento. ¿Me equivoco?

—No. El testamento hacía heredera a Dorothy de una cuantiosa fortuna.

—Ya — dijo Karl sonriendo.

—Todavía no has comprendido, a pesar de tu exclamación — dijo Jack—. El testamento tiene una cláusula que puede echarlo todo a rodar, y aquí es cuando voy a necesitar tu ayuda.

Karl, se sirvió otra copa de whisky y en su rostro se notaba una verdadera satisfacción, dejando entrever su semblante que todo lo que estaba oyendo, le era sumamente agradable.

—A su salud—dijo alzando el vaso y mirando a Jack—. Después de beber, dijo:

—Prosiga.

—La famosa cláusula dice, poco más o menos, lo siguiente: Toda la fortuna de Anne Lane — mi prima carnal — pasará a poder de su hija Dorothy, siempre y cuando el 1.^o de noviembre en que ésta haya cumplido veintiún años se halle casada. En el caso posible de que Dorothy Lane no haya contraído matrimonio en aquella fecha el dinero será destinado a obras de beneficencia.

—Y el primero de noviembre...—dijo Karl Crosby...

—...Dorothy Lane cumplirá veintiún años y aun no está casada — dijo Jack terminando la frase.

Callaron por un momento los dos hombres, Jack contemplaba complacido a Karl, que se había reconcentrado en sí mismo, y que parecía meditar detenidamente.

—¿Ella conoce la cláusula del testamento? — preguntó al fin Karl alzando la cabeza.

—La ignora—contestó Jack, que indudablemente esperaba esta pregunta.

—Entonces?... — dijo Karl esperando que Jack Lane concretase definitivamente su idea.

—Entonces, he pensado que es necesario que Dorothy esté casada contigo antes de las doce del día uno.

—Por mi parte, aceptado—contestó Karl.

—¿Qué argumentos piensa usted emplear para convencer a la muchacha, y qué voy a salir ganando yo en todo esto?

—Yo he pensado contárselo todo a la muchacha y convencerla de que se case contigo por fórmula. Es decir, ella se casaría con objeto de cobrar la fortuna y después podrías divorciarte tranquilamente ya que el testamento ha omitido todo detalle a este respecto.

—No me resulta ésto—dijo Karl.

—No me has comprendido. Tú me has preguntado qué argumentos emplearía para que acepte el casamiento. Después de casada nos repartiremos el dinero y cada cual marchará a donde mejor le plazca.

—Eso ya está mejor hablado—dijo Karl

sonriendo—. ¡Y si la muchacha está imbuida por los prejuicios que pueden haberle metido en la cabeza en esos colegios, ¿qué haremos?

Jack Lane sonrió también, y dijo, dando una palmada en el brazo de Karl:

—Siempre encontraremos un medio de obligarla, no te preocupes de eso.

Karl Crosby se puso en pie y cogió su sombrero. Jack le acompañó hasta la puerta. Cuando estuvieron en el patio y antes de despedirse Jack preguntó a Karl:

—¿Qué opinión tienes tú de ese Buddy Marshall, que hace poco llegó aquí?

—Creo que es tratante de caballos y ha venido a comprar algunos. Luisa, la muchacha del café, me ha dicho que ha hablado algunas veces con él y que le parece un buen muchacho, y ya sabes que Luisa tiene buen ojo clínico.

—Sin embargo, me parece recordar su fisonomía, aunque no puedo precisar en qué circunstancias y en qué lugar le he conocido.

—¿Quiéres que trate de enterarme de algo?

—No hace falta—dijo Jack—, lo interesante es que no se mezcle en nuestros asuntos.

TERCERA PARTE

Era la mañana siguiente a los hechos que hemos relatado anteriormente. A través de las montañas corrían caballos, que se lanzaban por las pendientes a toda velocidad, de lo que podía deducirse que los hombres que los montaban eran jinetes duchos y experimentados. El galope duró cerca de una hora, pero cuando desde lo lejos se divisó el camino que unía el pueblo que ya conocemos con la estación del ferrocarril, el hombre que montaba el caballo que iba en cabeza hizo una señal con la mano y los hombres pusieron sus cabalgaduras al paso.

Blacke Pite, que era el jefe de la banda, dijo a Boob, su segundo:

—Todavía es temprano, la diligencia no pasará hasta las nueve de la mañana. Podremos escoger el sitio con toda tranquilidad.

—¿Qué tenemos que hacer, Jefe?—preguntó Boob, que generalmente desconocía los proyectos de su cabecilla, en quien sus hombres habían puesto siempre toda la confianza, lo que hasta el presente les había dado excelentes resultados.

—Hay que detener la diligencia—contestó Pite.

—¿En qué forma? ¿Pondremos unos maderos atravesados en la carretera?

—No—contestó Pite—. Ya recuerdas que la última vez, llegó antes que la diligencia un coche, y no pudimos hacer nada. Habrá que colocar un barreno de pólvora, al lado de la carretera, y en un lugar donde haya rocas, lugar que ahora escogeremos. Tenemos mecha rápida, ¿verdad?

—Sí, jefe. Cincuenta metros.

—¿Y el detonador?

—También.

—Entonces, colocaremos la mecha y nos esconderemos en un lugar desde donde podamos ver la carretera. Poco antes de llegar la diligencia haremos saltar el barreno y desvalijaremos la diligencia?

—¿Hay que coger a alguien?

—Veremos. En el coche debe ir una caja del Gobierno conteniendo oro.

—¿Oro? — exclamó Boob, abriendo los ojos a causa de la grata noticia.

—Sí.

No dijo más Pite, y Boob comunicó las órdenes recibidas a los otros tres hombres, que manifestaron su alegría ruidosamente.

Mientras esto sucedía, dos hombres acababan de llegar a la estación del ferrocarril. Eran Bubby Marshall y Slim. Aquel había contado a su compañero más detalles de la trama que creía haber descubierto y que pen-

saba desbaratar. Sin embargo, le inquietaba tener que resolver dos asuntos a la vez.

—Si Pite no se decide a atacar hoy la diligencia todo irá bien—dijo Bubby.

—¿Crees que se atreverá en este trozo de camino tan frecuentado?

—Cada día se vuelve más despreocupado —contestó Bubby—. Es capaz de hacerlo contra toda lógica, pues lo más natural y lo menos peligroso para él, sería atacar la diligencia mañana, en el trozo entre el pueblo y las montañas. Si fuese así quizá pudiésemos resolverlo todo sin dificultad.

Estaban ahora los dos hombres sentados en un banco de la estación, esperando el tren que debería tardar aún cerca de media hora. Un hombre del rancho de Jack Lane, pasó junto a ellos. Bubby tocó con el codo el brazo de Slim, y le dijo:

—No ha venido a esperarla.

—¿Qué dices?

—Esperaba que Jack Lane vendría a esperar a su sobrina, pero estoy seguro que ha preferido recibirla en la granja. Ha mandado a un criado.

—En realidad, tu sólo conoces el testamento, pero ignoras los planes de Lane. ¿No sabes quién debe ser su confidente?

—Me parece haberlo adivinado. Ahora voy a darte algunas órdenes. Pase lo que pase es preciso que desde el momento que la señorita



...los hombres de Pite, les obligaron a descender del coche.

Dorothy llegue aquí no la pierdas de vista. Si me sucediese cualquier cosa, debes impedir a toda costa que la casen con alguien. Sin embargo, si llegase el día 1, o sea mañana por la mañana sin que nada de particular haya sucedido, tienes la obligación de hacerle saber el contenido del testamento. ¿Comprendido?

—Sí—contestó Slim.

Un rato después llegaba el tren y de él

descendía una muchacha deliciosa, acompañada de un joven de aspecto tímido y un poco cómico. Se trataba de un acompañante, al que se había encargado de depositar a la muchacha en manos de sus parientes.

El hombre de la hacienda de Lane se acercó a la muchacha y la acompañó hasta la diligencia. También subieron a ella Buddy Marshall y Slim.

La muchacha se puso a hablar con el ranchero. Esta parecía alegre y contenta de ir a la hacienda. No cesaba de hacer preguntas al ranchero que, confuso, no acertaba a contestar atinadamente, con lo cual la muchacha reía de muy buena gana.

Slim, observó a Buddy y vió que éste permanecía silencioso, y miraba sin cesar a la muchacha.

Efectivamente, Buddy que no prestaba gran atención a las mujeres, se sentía atraído por la simpatía de esta muchachita, de ojos ingenuos e inteligentes. Con tanta insistencia llegó a mirarla que ella se dió cuenta, y miró también al joven detenidamente, y la impresión que sacó no le fué desagradable ni mucho menos. Le pareció encontrar en él algo que le diferenciaba de los demás; de todos modos siguió hablando con el vaquero, como si nada hubiese visto.

Buddy había ido pensando al principio en la posibilidad de que la diligencia fuese ata-

cada, pero, por una parte el que no creyera probable y por otra la presencia de la muchacha le hicieron olvidarse de Pite.

La banda de éste había ya colocado el barreno, y sus hombres se hallaban en acecho. Alguien dijo:

—Jefe, la diligencia se aproxima. ¿Debemos disparar?

—Aún no—contestó el jefe—. Yo daré la voz. Que uno de vosotros esté preparado y con la mano en el disparador. Atención.

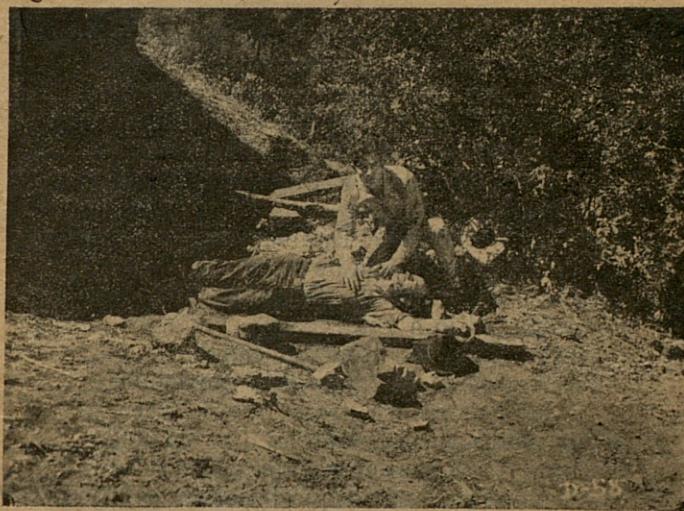
Cuando la diligencia se hallaba a unos cincuenta metros del lugar convenido Pite, gritó:

—¡Fuego!

Sin embargo, el detonador no funcionó con la velocidad requerida y el barreno estalló cuando la diligencia se hallaba solamente a unos veinticinco metros del lugar de la explosión.

Esto hizo que los caballos se espantaran y que el cochero debiera frenar tan vigorosamente, que unas maletas colocadas encima del lugar que ocupaba Buddy cayeran desde lo alto con tan mala fortuna para éste, que una de ellas le dió en la cabeza, y como fuese de madera le hizo perder por unos momentos el sentido.

El susto y el desbarajuste fueron tales, que no tuvieron tiempo de darse cuenta de



... lo dejaron en medio de la carretera.

nada, hasta que se hallaron rodeados de los hombres de Pite que les obligaron a descender del coche y a colocar los brazos en alto.

Pite, dijo:

—Bajad a ese hombre que está en el coche.

Descendieron a Buddy, y Pite al verlo exclamó:

—¡Caramba! Si tenemos a un conocido. Muy bien, nos lo llevaremos.

Después se acercó a la muchacha, mientras sus hombres registraban el coche.

—¡Preciosa! Le ruego nos dispense por el susto que la hemos dado. ¿Y si me diera un beso? ¿Le sería muy desagradable?

Al oír estas palabras, Slim se adelantó y Pite le dijo:

—¿Otro conocido? También nos lo llevaremos. Hoy está el día de sorpresas.

El acompañante de Dorothy, venciendo su timidez, dijo a Pite:

—¡Canalla! ¡Es usted un canalla!

Pite se acercó a él y le dijo sonriendo:

—Lleva usted un traje nuevo. Precisamente estaba yo pensando en que me convenía uno. Ya hablaremos de eso, después.

—Jefe. Aquí está lo que buscábamos dijo Boob a Pite, mostrándole una caja de hierro.

—Bien. Vuelvan todos al coche. Se quedarán conmigo estos dos señores—señalaba a Buddy y Slim—y también éste otro, del traje nuevo. Y entonces amenazando al chofero con su pistola lo obligó a partir.

Dorothy de momento se negó a subir a la diligencia si no iba con él su acompañante, pero Slim la hizo un gesto aconsejándola que no había más remedio que obedecer y así lo hizo, poniéndose en marcha la diligencia.

CUARTA PARTE

Cuando la diligencia se hubo perdido de vista Pite hizo un gesto a uno de sus hombres y éste se apresuró a quitarle el vestido que llevaba puesto el acompañante de Dorothy. El pobre joven se defendía forcejeando, pero todo fué inútil. Una vez sin el vestido lo dejaron en medio de la carretera, y se dirigieron hacia el lugar donde guardaban los caballos.

Buddy y Slim llevaban las manos atadas. Cuando llegaron a lo alto del altonazo, Buddy se volvió hacia Pite que hasta el momento no le había vuelto a dirigir la palabra y le dijo:

—Puedes estar orgulloso, Blacke. La acción de dejar a un hombre sin traje en la carretera es un hecho muy brillante.

Pite se acercó a él y sin decirle una palabra le dió un puñetazo en la barbillia que le hizo rodar por el suelo. Slim intentó defender a su compañero, pero sus manos atadas se lo impidieron.

—¿Qué hacemos con éstos? — preguntó Boob a su jefe.

Pite dudó un momento, pero después, dijo, echarlos encima de dos caballos.



...con un certero puñetazo lo dejó fuera de combate.

—¿Y nuestros hombres? — preguntó Boob.

— Dos de ellos deben ir al pueblo y esconderse en él. Pueden ir a pie. Allí recibirán mis órdenes. Y ahora vámonos que no conviene esperar a que nos persigan.

En un caballo se colocó la caja del Gobierno que contenía el dinero robado, y en ella se colocó a Slim. En otro caballo iba Buddy, que recobraba el conocimiento, y

que sentía un fuerte dolor en la barbilla y en la cabeza.

Pusieronse en camino los cinco caballos. Slim hacía un rato que había notado que sus ligaduras estaban mal atadas y gracias a sabias manipulaciones efectuadas muy lentamente para no despertar sospechas, logró verse libre.

Por medio de gestos logró hacerse entender de Buddy. Cuando vió que Pite y sus dos compañeros estaban distraídos, enderezó Slim, y cogiendo por la brida el caballo de Buddy, salió disparado.

— Buddy, toma este cuchillo — dijo Slim poniendo su cuchillo en manos de éste. Procura aguantarte a caballo un momento. Los caballos corrían a toda velocidad. Sonaron unos disparos que pasaron rozando a los caballos, sin que, afortunadamente hirieran a ninguno de ellos. La fuga cada vez era más rápida. Buddy logró deshacerse de sus ligaduras y libre ya de movimientos pudo obligar a su caballo a que obtuviese aún una mayor velocidad.

— ¿Mucho dolor? — preguntó Slim.

— No es nada — contestó Buddy.

— El éxito de hoy es de los que nos podemos apuntar como de los mejores. El que ha salido peor librado es el muchacho de debe andar por la carretera en calzoncillos.

Rió Buddy. Pite vió a lo lejos el pueblo,

y desesperando dar caza a los fugitivos abandonó la persecución.

—Deteneros—grito.

Boob estaba a su lado, cariacontecido.

—¿Por qué pones esa cara, imbécil?

Boob no respondió.

—¿Quién ató las manos de ese canalla?

—Fué Knife.

—Está bien. Que no vuelva a ponérseme delante porque me las pagará.

—¿Qué hacemos ahora?—dijo Boob.

—Ya os lo diré más tarde. Te crees que me voy a resignar? Esta noche o mañana, entraremos en el pueblo. Es preciso dar un golpe de mano. Además Buddy Marshall tiene que acordarse de mí. Es la segunda vez que se me pone por enmedio. Desde el asunto Ockie, le tengo jurado que lo ha de pasar mal y no se me escapará otra vez.

Haciendo encabritar a su caballo volvió grupas al pueblo y se internaron otra vez en las montañas en busca de su refugio.

Mientras, Dorothy Lane había llegado al pueblo, donde había sido recibida por Jack Lane, su tío, muy amablemente. Se mostraba encantada, con la casa, y le había dicho a su tío que al día siguiente tenía deseos de visitar toda la finca.

Durante todo el día no sucedió nada de particular. Al medio día llegó el encargado de Dorothy que logró que le dieran en el pue-

blo un vestido y fué a visitar al Sheriff, contándole lo sucedido. El Sheriff, movilizó a sus hombres y dió una batida por los alrededores aunque sin resultado positivo.

Al atardecer llegó a la granja Karl Crosby, quien fué presentado a Dorothy. Después de cenar Jack Lane, llamó a Dorothy a su habitación-despacho, y la hizo sentar.

—Dorothy, querida sobrina, tengo que ponerte al corriente de un asunto extremadamente urgente. No queda más remedio que contártelo ahora mismo, ya que no admite demora como vas a ver. Para abreviar, aquí tienes este testamento, se trata del de tu madre, que en paz descanse.

Dorothy, miró extrañada a Jack Lane y se puso a leer. Cuando hubo terminado, le miró fijamente.

—Entonces esto quiere decir...

—Efectivamente, que mañana a las doce termina el plazo. Y ahora permíteme que te dé un consejo. Mis años me han dado mucha experiencia y yo no puedo ofrecerte casi nada debido a que mis asuntos no marchan como yo desearía. Por consiguiente, si rechazas esta herencia, te vas a encontrar casi en la miseria.

—Pero, tío, ¿cómo voy a encontrar un marido en tan pocas horas?

—Querida sobrina. Créeme y déjate guiar por mí. Todo lo tengo pensado. Esta tarde

has conocido a un muchacho simpático y honradísimo, se trata de Karl Crosby. Cástate con él.

—Pero, tío...

—Os podéis casar mañana. Si no te ves con fuerzas de quererle, de aquí una temporada os podéis divorciar y nada se ha perdido. El está conforme con todo y sólo hace esto por hacerme un favor, ya que me está muy agredecido.

—Tío—dijo Dorothy visiblemente turbada—. Permítame que reflexione esta noche. Me lo pensaré detenidamente y mañana le daré una contestación. Se trata de algo muy importante, quizás del porvenir de mi vida y es comprensible que me lo piense bien.

Jack Lane no esperaba palabras tan sensatas y tuvo la sensación que la partida estaba ganada.

—Dices bien, pequeña. Descansa y mañana a primera hora hablaremos.

Diciendo esto besó a la muchacha en la frente y ésta salió de sus habitaciones.

QUINTA Y ULTIMA PARTE

Dorothy, en vez de dirigirse a su cuarto, salió a dar una vuelta por la granja. La cabeza le dolía; eran muchas las impresiones

recibidas aquel día, para que no la conmocionaran. Pensaba ahora en la insospechada situación en la que la colocaba la decisión testamentaria de su madre, y no comprendía la finalidad de aquella cláusula.

Repugnaba profundamente a su temperamento aquella solución que le proponían, y no sabía qué partido tomar.

De pronto se encontró ante sí a un hombre que rápidamente le dijo:

—Señorita Lane, no grite. Soy un antiguo conocido — dijo Buddy Marshall.

La muchacha recordó en seguida al joven que por la mañana iba en la diligencia.

—¿Usted? ¿No le habían cogido los bandidos?

—He podido escaparme... afortunadamente para usted.

—¿Para mí? — preguntó Dorothy, extrañada.

—Me explicaré. Supongo que ha sido usted ya puesta al corriente de la decisión testamentaria de su madre, ¿verdad?

—¿Cómo sabe usted eso? — preguntó Dorothy, extrañada.

—Vamos al grano, señorita. No hay tiempo que perder. Debe usted saber una cosa. Se trata de un complot para despojarla a usted de su dinero. Su tío y Karl Crosby están en combinación para despojarla a usted de su fortuna.

—¿Con qué derecho me dice usted eso? — preguntó.

—Señorita, por Dios, le ruego que me crea, de lo contrario tendrá usted que arrepentirse amargamente.

—Me tiene usted que probar lo que me dice.

—Desgraciadamente no tengo ahora ningún medio a mano. Sin embargo, recuerde desde ahora, que haga usted lo que haga me tendrá usted a su lado. ¿Me promete usted confiar en mí?

Dorothy contemplaba a Buddy, y en los ojos de éste le parecía ver la rectitud y la bondad; sin embargo, no se atrevía a pensar mal de su tío. Había algo en ella que le impulsaba hacia aquel hombre que ahora la aconsejaba y parecía poner en sus palabras todo el acento de la verdad y de la emoción.

—Procuraré hacerlo — dijo Dorothy.

Antes de que ella se hubiese podido dar cuenta de lo que sucedía, Buddy le había cogido una mano, y después de besarla, se hundió otra vez en la noche, misteriosamente.

Dorothy no durmió en casi toda la noche.

Las más encontradas ideas pasaban veloces por su cerebro y no sabía por cuál decidirse.

A la mañana siguiente, muy temprano, estaba ya levantada. Su tío Jack Lane había

aún madrugado más que ella, y se hallaba en el jardín con Karl Crosby.

—Buenos días, Dorothy — le dijo —. ¿Has pensado ya lo que vas a hacer?

—Sí, tío. Sin embargo, quiero serle franca. Ayer noche un hombre me contó algo en lo que no puedo creer.

A continuación Dorothy contó a su tío, con toda lealtad, lo que Buddy le había dicho. Jack Lane estaba furioso, pero logró reprimir su indignación.

—Ese hombre es un canalla que está en combinación con los bandidos — dijo Jack Lane —. El fué quien hizo robar la diligencia y quiere ahora arruinarte.

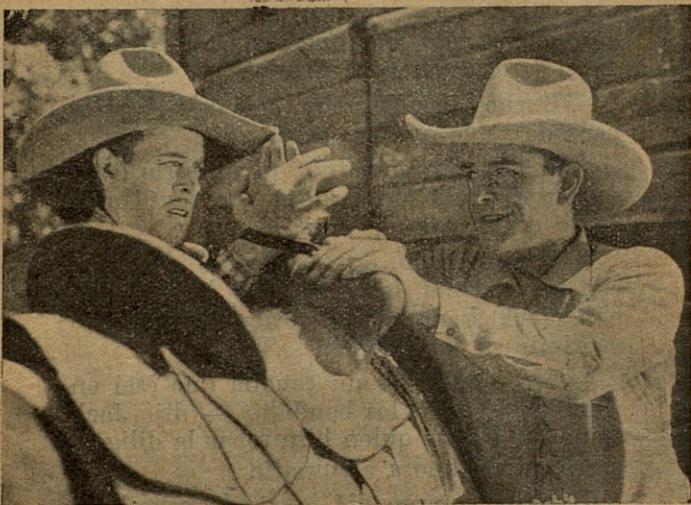
Dorothy comprendió que todo acusaba a Buddy y lo creyó en combinación con los ladrones, tal como su tío le decía.

—Bien, estoy dispuesta a casarme — dijo Dorothy —, pero con una condición.

—¿Cuál? — preguntó Jack, ansioso.

—Después de la boda, partiremos contigo a la ciudad. Mi marido no tendrá ningún derecho sobre mí. Cobraremos la herencia, yo me comprometo a pagarle una cantidad por su ayuda e inmediatamente entablaremos el divorcio. Además, estoy dispuesta a entregarle a usted una cantidad, por su ayuda y con objeto de que reconstruya la hacienda.

Jack Lane respiró. En la ciudad le sería



Los hombres del Sheriff le detuvieron.

mucho más fácil despojar a Dorothy, así todo salía a pedir de boca.

A las once se dirigieron a la casa del cura, donde se debía celebrar la boda.

Jack Lane presentó a Dorothy al capellán, y éste preguntó:

—¿Están ustedes dispuestos a empezar la ceremonia?

Aún no había acabado de pronunciar estas palabras cuando entraron en la habitación

Buddy Marshall y el Sheriff, rodeados de dos o tres ayudantes de éste.

—Buenos días, señorita Dorothy — dijo Buddy, sonriendo.

—¿Qué desea usted de mí? — preguntó Dorothy.

—Veo que no ha tenido usted confianza en mí y vengo a impedir que haga usted una tontería.

—Este hombre es un bandido — dijo Dorothy al Sheriff, señalando a Buddy —. Está en combinación con los bandidos y ahora pretende impedir mi boda.

El Sheriff miró a Buddy sonriendo y después dijo a la muchacha.

—Señorita, Puedo garantizarle que Buddy Marshall es un hombre honrado.

—Aunque así sea. Yo quiero casarme con Karl Crosby.

—Un momento, señorita. Permítame a mí que le interrogué.

—¿Para qué? — interrumpió Karl Crosby, que estaba muy pálido.

—¿Para qué? — dijo Buddy —. Pues bien, ¿tiene usted la bondad de decirme de quién es la letra de esta carta?

Bubby sacó de su bolsillo una carta.

—Es de usted, ¿verdad? Bien. Voy a leerla.

Karl Crosby había escrito la noche precedente una carta a Pite pidiéndole ayuda para

despojar a Jack de la parte que intentaba robar. Aquella misma noche Buddy y el Sheriff habían logrado detener a Blacke Pite, después de una accidentada caza, quien había intentado penetrar en el pueblo, y éste había entregado la carta en cuestión.

Karl Crosby, al verse descubierto, intentó escaparse, pero los hombres del Sheriff le detuvieron.

—Señorita — dijo el Sheriff —: Buddy Marshall es un agente secreto del Gobierno. Ya ve usted como tenía razón al decirle que era un hombre honrado que sólo ha querido ayudarla.

Dorothy se volvió a Buddy y le alargó la mano.

—Gracias — le dijo.

—Señores — advirtió el cura —, Faltan diez minutos para las doce. Dentro de ese plazo habrá terminado el derecho de la señorita Lane a la herencia.

—Dorothy — dijo Buddy —. ¿Me permite que la ayude yo ahora? ¿Quiere usted casarse conmigo? Nada le pediré y podrá usted ser enteramente libre.

—Sí — dijo Dorothy —. Puede usted casarnos, señor cura.

Acabada la ceremonia, salieron al campo.

—Señorita Dorothy, mi misión ha terminado — dijo Buddy —. No puedo llegar a pensar jamás que usted me quiera. Estoy



—Y si yo llegase a quererle?

a su disposición para divorciarme en el momento que usted lo deseé.

Dorothy miraba las montañas y tenía el rostro iluminado por el sol. Sin mirar a Buddy le dijo:

—Y si yo llegase a quererle, ¿querría usted también divorciarse?

—¡Dorothy! — exclamó Buddy, temblándole la voz de emoción.

La muchacha se acercó más a él y ella misma puso su cara junto a la mejilla de él.
 —¿No me querrá, nunca, nunca?
 —Dorothy, te querré siempre.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS
 HA PUESTO A LA VENTA

El agua en el suelo

Creación de **MARUCHI FRESNO**

Precio: UNA peseta.

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS"-Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

YA ESTÁ A LA VENTA

Tarzán de las fieras

otra creación del nuevo ídolo del público femenino

BUSTER GRABBE

que cual moderno y apuesto Apolo
ha acaparado todas las simpatías.

Si no ha leído usted
las grandes aventuras
del varonil y bello

BUSTER GRABBE
pídalas hoy mismo.

El hombre león 25 céntimos
Tarzán de las fieras Una pta.

En prensa :

La novia universitaria

Buster Grabbe
con
Mary Carlisle

la más moderna y deliciosa estrella,
todo optimismo de juventud y belleza

Precio del tomo UNA peseta

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado.
Franqueo gratis.